

BORGES
EL CLEPTÓMANO

I

MI nombre es Oswaldo Cowen Miller. Mi padre psicoanalizó a Jorge Luis Borges. Recientemente he descubierto las notas que tomó durante aquellas sesiones, notas que, aprovechando la petición de la Universidad de Santiago en su homenaje a Borges, si bien no puedo hacer públicas por completo, sí que me han servido para elaborar el siguiente informe, que, antes que nada, necesita de una precisión prologal:

Se ha de entender la muy llamativa acusación de cleptomanía como el vicio de citar, o apropiarse de, frases leídas en autores menores a los que no se reconoce, es decir, como si tales frases fuesen ocurrencias geniales del que, usurpándolas, las utiliza como propias.

Karl Marx por ejemplo padecía cleptomanía. Fusilaba a panfletistas escasamente célebres y soltaba como suyos algunos sintagmas que luego han hecho fortuna, como por ejemplo el muy citado "la religión es el opio del pueblo", o el no menos reconocido "la dictadura del proletariado". Resulta curiosa esa coincidencia entre Marx y Borges porque ha de ser la única cosa que debe haber de común entre ambos. Nadie ignora por lo demás que Virgilio enriquecía sus composiciones intercalando

Juan Bonilla:
"El que apaga la luz"
Edt. Pretextos - 1995

(enviado por C. Meneses)

de vez en cuando fragmentos de otros poetas a los que evidentemente no mencionaba.

Desde hace algunos años se viene fraguando en un cuaderno dedicado a tal menester una antología de esas apropiaciones realizadas por Borges en sus visitas a los miles de libros de autores raros que leyó. Cabe destacar que, puede que para disolver sospechas, Borges fue un citador empedernido. Basta repasar cualquiera de los cientos de entrevistas a las que se sometió para calibrar lo mucho que gustaba atosigar toda intervención suya con citas de éste o del otro (si bien, tanto éste como el otro disfrutaban de una particularidad: ser grandes nombres de la Literatura a los que difícilmente podría protestárseles).

Por cierto, que no conviene perder de vista una de las citas más queridas y por tanto reiteradas en las que solía ampararse Borges. Me estoy refiriendo a aquella de Emerson según la cual la literatura nace de la literatura. Solía Borges contraponerla a aquella otra según la cual la literatura nace de la vida, como quería Walt Whitman, que ansiaba que quien lo leyera no estuviera abriendo un libro sino tocando a un hombre. Borges tenía claro, y quería aclararlo a los otros, que quien lo leyera no estaba tocando a un hombre, sino entrando en un mundo, o más propiamente, en una vasta biblioteca.

A.— La primera de las anotaciones con que ensucié ese cuaderno que ahora me he atrevido a titular “Borges, el cleptómano”, es una que detalla un fragmento de Ortega y Gasset del que Borges copió el inicio de su fantástico *Libro de los Seres Imaginarios*. Cuando reparé en las líneas del filósofo español, en una lectura muy apresurada de *Ideas y Creencias*, realizada para paliar el tedio de un viaje en tren, me llevé una sorpresa. Me sonaban bas-

tante a no sabía qué. Revisé en mi memoria, y aunque tardé unos minutos, al fin di con aquello a lo que tanto me sonaba lo que acababa de leer en el libro de Ortega: a Borges; en efecto, me sonaban a Borges.

Ideas y Creencias se publicó en Buenos Aires, en la editorial Espasa, en la colección Austral y en 1940, nada menos que con treinta años de antelación sobre el libro de Borges. Lo curioso es que en una entrevista concedida a María Esther Vázquez, Borges, preguntado acerca de Ortega —a quien se le conocía una estrecha relación literario-sentimental con Victoria Ocampo—, contestaba: “lo conocí quince minutos en una fiesta organizada por Victoria, y me pareció tan poco interesante que desistí de la posibilidad de leer cualquier cosa que firmara”. O sea, que en este caso, Borges no sólo no se rebaja a no citar a aquel al que copia, sino que se atreve incluso a asegurar que nunca lo leyó. Aportemos pruebas que lo desmientan.

En *Ideas y Creencias* de Ortega leemos:

“La fantasía tiene fama de ser la loca de la casa. Mas la ciencia y la filosofía, ¿qué son sino fantasía? El punto matemático, el triángulo geométrico, el átomo físico, no poseerían las exactas cualidades que los constituyen si no fueran meras construcciones mentales. Cuando queremos encontrarlos en la realidad tenemos que recurrir a la medida, e *ipso facto* se degrada su exactitud en un inevitable “poco más o menos”. Qué casualidad. Lo propio que acontece a los personajes poéticos. Es indubitable: el triángulo y Hamlet tienen el mismo *pedigree*. Son hijos de la loca de la casa: fantasmagorías, seres imaginarios.

Ahora veamos el arranque del prólogo de Borges a *El Libro de los Seres Imaginarios*:

“El nombre de este libro justificaría la inclusión del príncipe Hamlet, del punto matemático, de la línea, de la superficie, del hipercubo, de todas las palabras genéricas y, tal vez, de cada uno de nosotros y de la divinidad.”

El parecido es más que sospechoso, aunque puede que insuficiente para precipitar conclusiones. He recopilado doce ocasiones en las que Borges se cita a sí mismo (o sea, que sin citarlo cita a Ortega) repitiendo que Hamlet y el triángulo tienen una cosa en común: ser fantasmagorías. Aunque si ésta fuera la única vez que Jorge Luis Borges incurriera en apropiación enmudecida, mucho me guardaría yo de no reconocer como mera coincidencia el hecho. Lo malo es que, como verán, no es ésta la única vez. Y más aún: en las anotaciones de las sesiones en que mi padre psicoanalizó a Borges encontré el dato que demostraba que, en efecto, Borges padecía una suculenta cleptomanía literaria (aunque puede haber sucedido al revés: o sea, que al conocer yo ese dato, me pusiera a perseguir ejemplos que lo demostraran). Una cleptomanía literaria que le llevaba a creer que todo lo hermoso o lúcido poco conocido, oculto en los pliegues de la Historia de la Literatura, le pertenecía. Seguiré enumerando ejemplos para acabar pergeñando una glosa de los informes de mi padre sobre su paciente.

B.— Aligeraré en lo posible el repaso de estos curiosos robos cometidos por Borges. Una de sus frases esenciales fue: Todos los hombres somos el mismo hombre. Vale decir que ya eso lo apuntó con su penumbrosa manera de decir las cosas, o de no decirlas, Heráclito, pero en idéntica formulación a la escogida por Borges, sólo que algún que otro siglo por delante (por delante incluso de Schopenhauer, que también se jactó de decirla), Barto-

lomé de las Casas escribió eso mismo. Resulta significativo que todo el que repite esa frase decante su potestad hacia Borges, así por ejemplo el poeta Juan Luis Panero, que comienza uno de sus buenos poemas de esta guisa: Si como dice Borges todos los hombres somos el mismo hombre...

C.— Esa certera indicación de Borges según la cual la verdadera poesía ha de tocarnos físicamente como la cercanía del mar, se la agenció letra por letra en un apunte sobre la naturaleza del acto poético del poeta británico Alfred Edward Housman, al que por lo demás Borges citaría en alguna ocasión para alabar su espléndido “Epitafio para un ejército de mercenarios”, tantas veces traducido a nuestro idioma.

D.— El magnífico endecasílabo con que comienza “Everness” (el poema de los suyos que Borges prefería, según comentó) es casi literalmente un verso de un breve poema de Ibn Hazm. El “sólo una cosa no hay: es el olvido” de Borges, era “de todas las cosas que las palabras pueden pronunciar hay una que no existe: el olvido” en el verso del poeta árabe (la traducción es de Juan Rey).

E.— Un robo menor es el verso “Ojalá yo hubiera nacido muerto” que repite una desesperada y agónica sentencia de un personaje en una tragedia de Ben Jonson.

F.— Otro robo menor es el bello comienzo del soneto: “He cometido el peor de todos los pecados que un hombre puede cometer: no he sido feliz”; que Borges debió tomar de un temprano artículo de Chesterton en el que se leía: “de todos los pecados que los hombres estamos capacitados para cometer ensuciándonos el alma, tal vez sea el peor el pecado de no ser feliz”.

G.— Un robo mayor, sin embargo, es la fábula “Los dos Reyes y los dos laberintos” incluida en *El Aleph*. No sé si la recuerdan. Un rey babilónico atrapa a un árabe y se propone humillarlo sometiéndolo a un amplio laberinto donde encontrar la salida es empresa condenada al fracaso. De cualquier manera la sagacidad del caudillo árabe le depara la fortuna de hallar el camino de salida. Poco después, las hordas de su país lo liberan y a la vez hacen prisionero al rey babilónico. El árabe está dispuesto a pagarle con la misma moneda y se dispone a humillarlo tal y como hicieron con él. Montan en camellos y el rey árabe lleva al otro hasta el centro del desierto donde lo abandona después de decirle: “éste es mi laberinto, sin columnas, sin intrincados callejones, a ver si eres tú capaz de encontrar la salida”.

Lo curioso —y lo que nos muestra la grandeza impar de Borges— es que el relato resulta sumamente borgiano. Pero la verdad es que pertenece a *Las Mil y Una Noches*. En una novelita editada en los años veinte, de aquellas que se ponían a la venta cada fin de semana con portadas llamativas; se añadía al final, para completar las páginas del volumen, una especie de consultorio cultural. La novelita es de Emilio Carrere. Su título, *La Torre de los Siete Jorobados*. En ese consultorio un lector intrigado preguntaba al responsable anónimo de la sección, por la procedencia de esa misma leyenda que he relatado antes y que Borges tituló “Los dos Reyes y los dos laberintos”. Como Borges por entonces, y no es casualidad, andaba por España, no ha de extrañarnos que su infalible memoria diera cobijo a la hermosa historia no registrada en las ediciones corrientes de *Las Mil y una Noches*, y la aprovechara empleándola cuando la ocasión se lo re-

quirió. El hecho de que a pesar de todo, a pesar de que sepamos que se trata de un plagio, nos siga pareciendo muy borgiana, no puede querer decir otra cosa que esto: Borges forma parte de esa pléyade de grandes creadores, inacabables porque no sólo influyen en el momento presente en el que escribieron y en el futuro cultivando discípulos, sino que además logran influirnos en el pasado, creándose una precisa genealogía literaria en la que cada uno de los eslabones nos lo recordará. Descubrir así páginas borgianas en Chesterton o en Stevenson supone un milagro al que sólo tienen acceso los grandes magos de la Literatura como sin duda es Jorge Luis Borges.

Pocos escritores, por lo demás, tan dados a ofrecernos pistas sobre esa genealogía rindiendo constante homenaje a la incesante novedad de la tradición. En todas sus entrevistas Borges tachonaba la conversación con referencias a Virgilio, Conrad, Melville, Verlaine, Whitman. Eran sus escritores. Los difundía. Había adoptado el papel de guía. Nos mostraba sus casas, los rincones en los que habitaron, sus fantasmas. Nos refería sus anécdotas. Borges: el sendero que se bifurcaba en jardines. Uno de esos jardines pertenecía a Macedonio Fernández, otro a Paul Groussac, otro a Leopoldo Lugones, otro a Carl Sandburg. Y sin embargo pasaba de largo por el jardincillo mínimo donde se reunían a dormir los cientos de escritores menores a los que había leído. Arrancaba unas florecillas, y se iba. Nos vedaba su difusión, no sé si porque verdaderamente no valían la pena (seguramente), o porque lo poco que valían iba a cobrar más valor disuelto en la propia obra de Borges.

H.— Diáfano a este respecto resultará el caso de Brian Peake, un *minor poet* británico de los años veinte, autor

de opúsculos irrecordables, entre los que la casualidad me presentó uno en el que se leía esta dedicatoria a Lytton Strachey: "Usted sabe que la meta de todo poeta acaba siendo el olvido, y no me negará que en alcanzar esa meta yo le he ganado por más de un cuerpo de ventaja". Pues bien, Borges debió leer esa dedicatoria y la convirtió en un dístico memorable titulado precisamente "Un poeta menor" (cuando no le hubiese costado nada titularlo "Brian Peake, un poeta menor"): "La meta es el olvido. Yo he llegado antes".

I.- Por cierto que en ese arte de reconvertir fragmentos de obras en poemas breves también brilló Borges. Matilde Urbach, que aparece en su dístico "Le regret d'Heraclite", con que se cierra la sección Museo del libro "El Hacedor", era un personaje de una novela que Borges reseñó en las páginas de la revista *El Hogar* y que en un momento dado oye pronunciar a su amado las palabras que después se convertirán en el poema de Borges. La novela se tituló *Hombre con cuatro vidas*, y su autor se llamó Joyce Cowen (me pregunto si pertenecía a mi familia). Los dos versos de Borges —¿o debo decir de Cowen?, da igual— decían: "De todos los hombres que he sido, no fui nunca aquel por cuyo amor desfallecías tú, Matilde Urbach".

J.- Otro de los personajes más famosos de Borges, *Funes el memorioso*, el joven que no consigue olvidar un solo instante de su existencia, que es capaz de recordar cada uno de los instantes que ha vivido y que por lo tanto está condenado a padecer la peor de las pesadillas: el insomnio; lo sacó Borges de un libro científico: *La Mente de un Mnemotécnico*, del gran A. R. Luria. En ese libro se relata la historia de un hombre incapacitado para olvidar uno solo de los instantes que vive.

Detendré ya el recuento de actos cleptómanos de Borges para no cargar ni las tintas ni el ambiente. En mi cuaderno llevo anotados unos cuantos más, pero basta por ahora. Rodeado de borgianos como estoy, mi integridad física corre peligro. Prefiero pasar ya a reproducir un par de anotaciones realizadas por mi padre tras las sesiones psicoanalíticas a las que Borges se sometió, anotaciones que como verán tienen mucho que ver con todo esto que he venido detallando. Espero que nadie considere esto como traición al secreto profesional que mi padre le debía a su paciente. Creo que la personalidad de aquel hombre, su importancia y su grandeza, justifican que haga lo que voy a hacer.

Al parecer, según se desprende de comentarios publicados por Estela Canto, que fuera novia o al menos la mujer que cortejara Borges durante algún tiempo (sus recuerdos pueden repasarse en el libro *Borges a Contraluz*), Borges decidió comenzar a psicoanalizarse para hallar remedio a su timidez, exorcisar unos cuantos fantasmas (que podían tener origen en su relación con su madre) e indagar en el conocimiento de sí mismo, cuando se le avecinaba la ceguera y se le iban sumergiendo lentamente en la oscuridad las líneas del mundo.

No sé, lo cierto es que el primer apunte realizado por mi padre en la carpeta en la que fue introduciendo las anotaciones sobre Borges asegura lo que sigue:

"J. L. B. vive cercado. Reconoce que un sueño está repitiéndosele últimamente. Camina por la ciudad con intención expresa de dejarla atrás. Pretende hallar la ruta que lo conduzca a la salida, la salida que lo lleve a otros

lugares –a cualquier lugar– del vasto mundo, esos de los que ha leído en los libros cosas maravillosas. Pero poco a poco va dándose cuenta de que no está capacitado para encontrar ninguna de las probables salidas. La ciudad permanece a oscuras. Los faros no alumbran las calles ni hay caminantes a los que detener para consultarles cuál es la ruta adecuada. Se arriesga, sigue avanzando con una sensación de ahogo que no se le mitiga en ningún momento. Cree alejarse, pero en realidad nunca está más cerca de una salida que en el momento de comenzar su peregrinaje. La angustia lo atenaza. De repente unos transeúntes se le acercan. Él los acomete. Le señalan posibles caminos para emprender la huida. Él los sigue, pero al tanto vuelve a sentir la vanidad de su empeño. No está perdido. Conoce e identifica cada una de las calles que va dejando atrás. Si le pide información a su memoria, ésta le dice que la salida debe estar cerca, y sin embargo los mapas que tiene dibujados en la memoria le mienten, porque no encuentra la salida que lo conduzca al puerto o a las afueras. Está encerrado en Buenos Aires. No podrá salir jamás de Buenos Aires. Entonces se despierta sudoroso y reclamando a su madre, que no tarda en asistirlo. Me ha pedido algún comentario sobre su sueño y le he dicho que hemos de esperar, que de momento tenemos que estudiar más sueños. He estado a punto de recomendarle que intentara salir, a solas, de la ciudad, pero rechacé la mera propuesta porque tenía algo de emergencia pueril o práctica apresurada. Hay algo en Borges que intimida. Debe ser la admiración que profeso hacia lo que escribe, o el estar cerca del centro donde se perfilan las fantasmagorías que tan sabiamente poetiza luego este hombre que me da una impresión de desvalimiento que invita al paternalismo.”

En la siguiente anotación leemos:

“Hoy Borges ha reproducido, intercalando sarcasmos, sin el pesar de otras ocasiones, un sueño que se le ha venido repitiendo. Camina por la ciudad y siente la necesidad de huir, pero ya sabe por información acumulada de sueños anteriores –según él en ningún momento lo abandona la certidumbre de encontrarse enclaustrado en los límites de un sueño, aunque alguna vez quizá se haya rebajado a considerar que pudiera encontrarse en los límites de un sueño de otro que lo estuviera soñando, pero en cualquier caso nunca fuera de un espacio onírico del que está seguro de que acabará emergiendo, sano y salvo–, ya sabe, decía, que intentar huir es vano empeño. Ha aceptado ya que no podrá salir de Buenos Aires, que no hay salidas para él, que aunque conozca los caminos para huir, una red invisible se lo prohíbe. Lo ha aceptado, sí. Y entonces, con esa urgencia con que se transforman los escenarios en los sueños, se introduce en una casa. Es la casa de Herman Melville. Entra sin llave ni forzar la puerta. Contempla la acogedora estancia y reconoce objetos de los que tenía noticias por las obras de Melville. Pasea con detenimiento cada habitación, fijándose en los detalles. Y de repente, un impulso que no controla lo arrastra a guardarse alguno de esos objetos y a emprender la fuga. Vuelve a la calle y al instante, sin saber cómo lo ha hecho, accede a otra casa. La de Henry James. Repite la acción y acaba huyendo después de tomar otro objeto de allí. Las casas de Chesterton, Lugones, Verlaine. El cuarto de pensión de Macedonio Fernández. Visitará varios sitios más en los que también adquiere objetos. En cierto momento, al mirar hacia arriba y ver las ventanas encendidas de la ciudad, recibe la convicción de que podría ingresar en cualquiera de esas casas, que en Buenos

Aires viven todos los escritores que admira, y que todas las casas son su casa. Impaciente por no despertar, según su propia apreciación, Buenos Aires se le ha transformado en la ciudad deseada, en la que sin embargo una culpa ignara le incomoda. Esa ciudad se llama Literatura y le pertenece. Borges se siente entre exultante y asustado: vive en la ciudad soñada y sueña con la ciudad en la que vive. Ahora agradece lo que antes le provocaba angustia: la certeza de no poder salir de esa ciudad.”

Bien, creo que podríamos relacionar datos de ambos sueños: Borges no puede salir de una ciudad que pasa de ser Buenos Aires, en la que físicamente reside, a ser la Literatura, en la que realmente habita. Pero no sólo eso: Borges es consciente de la imposibilidad de salir de esa ciudad de dos caras. ¿Por qué quiere salir de una y permanecer en la otra si ambas son la misma ciudad? Nos está vedado responder. Lo cierto es que, una vez admitida su incapacidad, se cerciora de que aquella ciudad le pertenece, pues de hecho puede ingresar en los domicilios de los escritores que en ella viven y apropiarse ventajosamente de alguno de los objetos que están allí porque fueron descritos en los libros de aquellos autores que Borges visita, y ya se sabe que lo que un libro cuenta pertenece tanto al que lo creó como al que leyéndolo hace cobrar vida a aquellas descripciones registrando en su memoria escenas, y objetos y rostros...

¿Sería exagerado relacionar —dando un paso adelante, tal vez demasiado ancho para nuestras cortas piernas— esa cleptomanía patente en los sueños de Borges con la cleptomanía literaria de la que hemos dado buena cuenta páginas atrás, cuando ejemplificamos casos de apropiaciones sin cita de frases escritas antes que por él por autores muy menores de los que nadie hoy se acuerda?

Cada uno elija si merece la pena cursar esa relación o no.

Tan sólo me permitiré añadir una anécdota que, a propósito del título de esta intervención, me ha comentado el también participante en este ciclo de conferencias sobre Borges, Aquilino Duque. Duque conoció a Borges poco antes de que éste falleciera. Al parecer en la última ocasión en la que hablaron por teléfono, Aquilino le ponderó a Borges no sé qué poemas, cuentos o artículos que acababa de leer, a lo que el gran maestro argentino, con su dulzura encantadora y humilde de siempre, comentó: “Aquilino, no disimulá, vos sabés que yo soy un ladrón”.